

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

UNA CONSECUENCIA INEVITABLE.

I.

¿En qué consisten los partidos políticos? cuáles son las causas que los producen? cuál la utilidad que reportan? responden á una necesidad, ó llenan algún fin social? Hé aquí una serie de cuestiones, que bien deslindadas pudieran derramar alguna luz sobre el caos de los tiempos modernos. No es esto decir que abriguemos nosotros la temeraria presunción de abordar altas controversias; nos contentamos con indicarlas, aventurando como de paso alguna que otra reflexión; hacemos lo que el débil viagero, que sentado al pié de un elevado monte, contemplase en su imaginación el grandioso espectáculo que desde aquella enhiesta ó inaccesible cumbre debe desplegar á los ojos del curioso observador, y en la imposibilidad de franquearla, se lamentase de la falta de un práctico diestro, de uno de esos hombres ágiles y osados, que conservando siempre toda su serenidad y sangre fría, trepan hasta las más impracticables alturas al través de profundos barrancos y horrorosos precipicios.

Cada época de la historia tiene su carácter peculiar, y ofrece un conjunto de fenómenos sociales marcados con un sello especial que los distingue de cuantos les precedieron. Y es tan natural en el hombre el buscar la razón, el preguntarse el *por qué* de los hechos so-

ciales de más bulto que se presentan á su vista! Y es tan legítimo ese instinto de curiosidad que aguija á la actividad humana! ¿Qué extraño pues, que viviendo en un siglo de tanta agitación como el presente, en un siglo en que la política lo absorbe todo, lo es todo, pues de ella penden la quietud y la paz de los pueblos, la prosperidad y bienestar, la vida y la muerte de las naciones, qué extraño, repetimos, que en medio de esos raros y extraordinarios fenómenos el hombre se pregunte: ¿qué es lo que aquí hay? qué es lo que pasa?

Nunca como en nuestro siglo se había visto á los pueblos tomar una parte tan activa en las cuestiones políticas y sociales; nunca como hoy se les había visto ocupados en discutir sobre sus intereses, sobre sus derechos, sobre la manera como han de ser constituidos y gobernados. Habrá en esto más ó menos exageración, más ó menos competencia y acierto; no cumple á nuestro propósito el examinarlo, consignamos el hecho simplemente.

Oyesé repetir á cada paso: ¿á qué tanto hablar de política? de qué sirven esas cuestiones que dividen los ánimos, que siembran en los corazones la discordia, que roban la tranquilidad y la paz á los pueblos? «Si los políticos fuesen una academia de aficionados, dice un distinguido publicista, que se solazasen discutiendo, bien podríamos olvidarlos; pero ocupan alternativamente las sillas del mando, disponen de la fuerza pública, resuelven altas cuestiones que afectan á lo actual y á lo ve-

nidero, imponen tributos, y lo que es mas, los recaudan; no es dable prescindir de lo que hacen y dicen, porque á todos nos tocan sus obras y sus palabras.»

Por lo demás, ¿es posible que el hombre permanezca espectador impasible de los gravísimos sucesos que en derredor suyo pasan? es posible que se aisle completamente de su tiempo? que deje de respirar la atmósfera de su siglo? Cuando una idea se difunde y por la fuerza de las cosas llega á identificarse con la existencia misma de una sociedad, sucede entonces que todas las miradas se fijan en aquella idea, todas las cabezas la estudian, todos los corazones toman vivísimo interés en cuanto con ella se relaciona. Cada siglo, sobre todo cada época notable de la historia, se ha señalado por su adhesión á una idea dominante, al rededor de la cual todas las demás han gravitado, como gravitan los satélites al rededor del planeta, y que ha sido siempre el principal motor, la rueda maestra de la gran máquina social. A nuestro siglo parece que le ha cabido en suerte la política, hácia la cual vemos que convergen todas las ideas, todos los intereses, las aspiraciones todas; y en nuestro concepto semejante estado es una consecuencia natural mas bien del curso de las cosas que de la libertad humana. Porque sea cual fuere el juicio que formemos del porvenir que está reservado á las sociedades europeas, sea cual fuere nuestra opinión acerca del espíritu de la época presente, ello es indudable que atravesamos un período crítico y azaroso, que recios sacudimientos han socavado los tronos instituciones antiquísimas y en alto grado respetables, que el ejercicio de la suprema autoridad se ha hecho tan difícil que no es dable encontrar una mano bastante hábil y robusta para empuñar las riendas del poder, y que en medio de esa anarquía mansa que roe las entrañas de la actual generación, se nota cierta inquietud, cierto mal-estar, cierto estado indefinible de zozobra, cuya acción se estiende á todas las clases y á todos los individuos. Cuando esto sucede, ¿no es lógico, no es natural que toda la atención se convierta al estudio de las causas que con-

curren á producir y mantener semejante estado violento y anormal? ¿No es lógico que todos los ánimos ansien vivamente entrar en un período de tranquilidad y de calma? El navegante se afana por sacar á puerto la frágil navecilla en que sulca la inmensidad de los mares; el enfermo que se revuelve en el lecho del dolor, busca una mano hábil y esperta que ponga treguas á sus padecimientos; el que se siente lastimado en sus mas caros intereses busca un lenitivo á sus quebrantos. ¿Qué extraño pues que las sociedades modernas en medio de su profunda agitación anhelan por el reposo? que combatidas por el huracan, corran en busca de un puerto seguro y abrigado? que comprendiendo lo anormal de su situación, y víctimas de los gravísimos males que esta acarrea, estudien noche y dia las causas de su creciente malestar y los medios de combatirlas y estirparlas? ¿Y la política en su fondo, en su esencia, consiste en otra cosa que en el estudio de las necesidades sociales y de los medios de satisfacerlas? Verdad es que se abusa de ella lastimosamente, convirtiéndola en instrumento de intereses egoistas y ruines pasiones; pero el abuso de una cosa no es una razón para condenar el legítimo uso de la misma, no es un motivo para proscribirla ciegamente.

Así pues, si los intereses sociales algo valen, si la gestión de los negocios públicos es capaz de obedecer á un plan bien concertado, si los pueblos son gobernables y las naciones no están condenadas á perecer por no ser reducibles á ciencia ni practicables las leyes á que las sujetó la Providencia; claro es que la política, ó sea la ciencia que se ocupa en estudiar las sociedades, sus leyes y mecanismo, su constitución intrínseca, y las condiciones que deben cumplirse para que funcionen regularmente, la ciencia que se aplica á reparar los males de la sociedad y á promover y fomentar cuanto pueda influir en su prosperidad y bienandanza, la ciencia que tiene un fin tan elevado y miras tan generosas, no es ciertamente una ciencia baladí, no es una ciencia de que pueda desentenderse el hombre, y mucho menos todavía una sociedad como al

nuestra, acosada por el malestar, agobiada por el peso de circunstancias extraordinarias, hijas de una época de crisis y de penosa y agitada transición. No seamos pues injustos con nuestro siglo, condenándole por su decidida afición á las cuestiones políticas: esto equivaldría á condenar al enfermo que oprimido por el dolor recurre á los auxilios de la ciencia, al náufrago que busca una tabla de salvación en medio de las encrespadas olas que amenazan sumergirle.

II.

Si la naturaleza obedece á leyes fijas que el hombre ha podido someter á la observación y experiencia, allegando por este medio una suma de conocimientos útiles que constituyen la base de la prosperidad material de los pueblos; si las leyes del desenvolvimiento de las facultades del alma han podido ser objeto de un profundo y detallado análisis, del cual se han derivado las reglas que rigen el ejercicio de la inteligencia, las y máximas que regulan los libres movimientos de la voluntad; natural era que las sociedades humanas, cuyos intereses son nuestros propios intereses, cuya existencia y vida son nuestra propia vida y existencia, natural era, repetimos, que las sociedades, atendido el gran movimiento científico de nuestros tiempos, fueran el objeto preferente de las meditaciones y vigilias de la ciencia. Y de aquí ha nacido la política, que traspasando los límites de la región en donde tuviera su cuna, háse difundido y propagado, mas allá tal vez de lo que exigían la razón y la conveniencia, lo cual por otra parte nada tiene de extraño si se toma en cuenta el espíritu de nuestro siglo.

Si es muy natural el hecho de la aparición y popularización de la política en las sociedades modernas, no lo es menos la división y creciente fraccionamiento de opiniones á que ha dado ocasión su práctica y su estudio. Difícil era, imposible, que atendido lo vasto y complejo de las materias que son objeto de la política, y la parte activa que en ellas toma el corazón humano, fuese la unidad el atributo esencial y característico de aquella ciencia.

Fraccionada debió de nacer ya de los primeros cérebros que la engendraron; y al presentarse en medio de las mismas sociedades, debieron notarse desde luego los primeros síntomas de la división cuyos gérmenes llevaba en sus entrañas. ¡Fatal é inevitable consecuencia de nuestra débil condición!

Si los partidos políticos son un mal, menester es confesar que son un mal inherente á la naturaleza del hombre y como encarnado en todas las fibras de su sér. En donde veais á la inteligencia humana ocupada en dilucidar una cuestión, contad que allí se depositan las primeras semillas de disputas interminables, de luchas sin tregua, de división permanente. Y si las cuestiones que se estudian son de tal naturaleza que interesen vivamente al corazón humano, se hace entonces imposible toda conciliación entre los encontrados intereses que litigan, toda avenencia entre las opuestas miras é intenciones que las partes contendientes traen al campo de la discusión. ¿Qué mucho pues, que ofreciendo la política pábulo á todas las pasiones humanas, sea semillero de división? ¿qué mucho, que relacionándose las cuestiones políticas con intereses creados, con ambiciones prematuras ó desmesuradas, y con la educación y hasta con el temperamento de los individuos, sean diversamente apreciadas y den con ello origen á la división y á los partidos?

Con todo eso, y en medio de las pequeñeces, de las miserias y lances deplorables que ofrece toda lucha de opiniones y sentimientos, no deja de presentar un punto de vista grandioso y hasta sublime la humanidad que camina á sus destinos al través de la humareda del combate, que combate hay en todas las esferas y regiones de la vida: así lo exige la constitución misma de nuestro sér, así parece que lo ha ordenado la Providencia.

Solo en el orden religioso nos ha dicho Dios «esta es la verdad;» y á pesar de ello, ha querido todavía que la religión pasase por el crisol de la discusión y fuese sometida á la ruda prueba del tiempo. Acerca de las demás verdades nada ha dicho; háse contentado con sembrar el germen de las mismas en el cora-

zon de las sociedades, confiando al calor de la discusión y al fecundo influjo del tiempo el cuidado de desenvolverlo oportunamente. Esta es la marcha que han seguido las ciencias todas, esta es la marcha de la humanidad al través del tiempo y del espacio. ¿Qué talento pudo prever en los pasados siglos el punto de perfección á que en el nuestro han subido las ciencias físicas y naturales? ¿Qué hombre pensador, por sagaz y profundo que le supongamos, pudo calcular en los pasados tiempos esa serie de sucesos extraordinarios que en el nuestro se han desenvuelto, esos problemas que han surgido del fondo mismo de las cosas, esas soluciones inesperadas que el tiempo les ha dado, y esa inmensa variedad de fenómenos sociales que han transformado radicalmente el modo de ser de las naciones? Ah! el espíritu se siente arrebatado hasta el trono de Dios, cuando contempla esa sapientísima Providencia, cuyas huellas se descubren visiblemente en el largo camino que la humanidad ha tenido que recorrer para llegar hasta el siglo diez y nueve. Cualesquiera sean vuestras opiniones, cualquiera sea la escuela á que pertenezcais, no podéis negar el tributo de vuestra admiración á ese grandioso drama de la historia, en el cual al través de mil peripecias, de mil incidentes imprevistos é inesperados desenlaces, aparece la humanidad realizando grandes bienes, y animada de la esperanza de realizarlos mayores todavía.

La lucha es la condición necesaria de todo progreso individual y social. Sin ella no hay virtud posible, no hay ciencia, no hay nada sino la apatía que enerva, el marasmo que petrifica. Por eso es que la moral evangélica, que tan profundamente conoce el corazón humano, conduce al hombre á la perfección cristiana por las ásperas vías de la abnegación y del sacrificio, es decir, al través de las rudas fatigas de una lucha, que empezando en la cuna y terminando en el sepulcro, eleva gradualmente el espíritu sobre los sentidos, enseñándole verdades desconocidas y mostrándole bellezas siempre nuevas.

Bajo las mismas condiciones nacen, crecen y se perpetúan las sociedades humanas. La

lucha ha sido siempre para ellas un elemento de vida; solo que, según el espíritu de los tiempos, el objeto de la lucha ha cambiado, y ha sido otro entonces su fin y otros también sus medios. En nuestro siglo ha tocado el turno á las cuestiones políticas y sociales, y á esta ardiente arena han descendido todas las fuerza vivas de que puede el hombre disponer. ¿Cuál será el resultado final de esta lucha? El viagero que extiende su vista por una espaciosa llanura, pronto encuentra un límite en el lejano confin del horizonte; sabe, no obstante, que mas allá de aquel límite existen bellos paisajes, encantadas perspectivas, el inmenso mar y dilatados continentes. Así también el que fija su vista en el porvenir, encuéntrase luego con un tupido velo que limita la inquieta y escrutadora mirada del observador. Nada ve, nada sabe, sino que los hechos futuros, que existen arrollados allá en los arcanos de la Providencia, se desenvolverán bajo la dirección de la misma, ofreciendo como hasta aquí espectáculos grandiosos y dignos de la sabiduría y del poder de Aquel que hace brotar la luz del seno de las tinieblas, y convierte la libertad humana, á pesar de sus abusos y extravíos, en poderoso instrumento de perfección social.

JUAN MAURA PRO.

JESUCRISTO.

VII.

Siendo como es inagotable mina de elevadas consideraciones el asunto que por su intrínseca grandeza y por su gravísima importancia escogimos, séanos permitido insistir en él, añadiendo á las espuestas algunas otras reflexiones. Y no se achaque á presunción el ejercicio de un ministerio tan superior á nuestras fuerzas, que ni en ellas tenemos puesta la confianza, ni nos mueve el prurito de hacer gala de estudios que no han sido los nuestros. Sabemos que no es fácil tarea la de imponer un freno á la razón que blasona de haberlo sacudido, y que es oficiosidad poco menos que inútil la de acercar la luz á los ojos que han formado el empeño de mantenerse tenazmente cerrados.

Pero en los calamitosos tiempos en que estremece los aires el clarín de las batallas, la obligación de acudir á la defensa de los muros asediados no comprende únicamente al soldado aguerrido y adiestrado en el manejo de las armas, sino que se extiende á cuantos puedan prestar algún género de servicios: porque así como la patria exige la adhesión de todos los pechos, puede en apretada coyuntura reclamar el auxilio de todos los brazos. No es entonces lícito al ciudadano de pacíficas costumbres esquivar los riesgos, ni al sibarita olvidarlos entre festines, ni al mismo Arquímedes ocuparse en la resolución de científicos problemas. Y por cierto que si hay un deber más imperioso que el de rechazar al enemigo que invade nuestros hogares, lo es el de resistir al que amenaza nuestros templos y pretende arrojar de sus altares al Dios que adoramos.

Y no se diga que esta es una frase de puro efecto, una hipérbole más ó menos aventurada, porque desgraciadamente hay que tomarla al pié de la letra. La filosofía irreligiosa se jacta de estrechar cada día más el círculo de hierro en que cree tener encerrado al cristianismo; y los que le permanecen fieles, siempre afligidos y á veces casi desalentados, como que de nuevo oigan resonar tristemente aquellas palabras: *hæc est hora vestra et potestas tenebrarum*. La incredulidad mira ya como próxima, si no como llegada, la hora de su triunfo, y por eso desdeña la guerra de emboscadas y sorpresas, arroja su máscara y sus arterías, y osa pelear á brazo partido y rostro descubierto. No hace mucho más de un siglo que el patriarca de Ferney prodigaba en su correspondencia privada una lacónica frase, en la que como en un par de gotas había concentrado todo el veneno de sus horribles aspiraciones; pero solamente los iniciados estaban en el secreto de aquella misteriosa contraseña, y el mismo que la hacía correr entre sus conmitones, ni en la embriaguez de su odio al Crucificado, ni en los vértigos que le causaba el incienso de sus aduladores, se hubiera atrevido á revelar públicamente el sentido de su blasfemia favorita. Unos quince ó pocos más años hará que un profesor de lenguas orientales, como si pretendiese hacer olvidar al mundo la educación piadosa que había recibido, con la febril impaciencia de un neófito de la impiedad, reclamaba para escribir la vida de Jesús tan completa libertad como la que tenía para escribir la vida de Mahoma; y este parangón repugnante, esta desnudez y crudeza de expresión, que dejaban entrever toda la audacia de su pensamiento, provocaron las censuras de un erudito publicista, colaborador asiduo de la *Revue de deux*

mondes. El pudor suplió en este la falta de piedad y de ortodoxia. Desde entonces acá el profesor ha realizado su deseo con toda la libertad que apetecí y sin miramiento alguno á las santas creencias de sus mayores. Realizó su deseo, y por más que su obra, tan superficial como sacrilega, fuese acogida con desdeñosa sonrisa por los *burgaves* de la exégesis alemana, la plebe de los descreídos se lanzó á leerla con la avidez de un ciego fanatismo, y la *claque* de la impiedad no dejó de saludarla con estrepitosos aplausos.

Reforzar pues los diques destinados á contener la creciente marejada del error, levantar cátedras de salud enfrente de las cátedras de pestilencia, oponer la palabra á la palabra y la pluma á la pluma, ha sido una obligación de todos los tiempos, y con mucha más razón lo es del nuestro. Decía el divino Salvador que el hombre enemigo vino de noche á esparcir la cizaña en el campo sembrado de buen trigo; más parece que ahora ya no aguarda á que anochezca: cual si fuese el dueño del campo, pretende arrojar la mala simiente á su antojo, y para hacerlo reclama como Ajax la luz del día.

A la faz del mundo civilizado, que debe este privilegio á la sangre vertida en el Calvario, más bien que á las especulaciones de los filósofos y á la ciencia de los legisladores, se atreve la impiedad á sostener que aquella sangre no tenía en sí misma otro valor que la de tantos infelices, víctimas del furor de turbas embravecidas ó de la iniquidad de jueces apasionados. Desdeña ya las precauciones oratorias, no busca sendas tortuosas; como envenenada saeta va derecha al blanco. Sus homenajes al Crucificado se reducen á confesar la bondad de alguna de sus doctrinas, quizás bajo un punto de vista meramente especulativo, á reconocer su inocencia, á reprobar la injusticia y la atrocidad de su bárbaro suplicio. Para ella la sublime tragedia del Gólgota no pasa de ser un drama harto común y prosáico. No quiere ver en Jesús más que un Sócrates hebreo, y se propone acabar con el dogma de su divinidad así como la Sinagoga se propuso acabar con su vida, arrojarle del trono en que está sentado á la diestra del Padre, despojarle de su resplandeciente diadema, y ya sea en pobre nicho, ó ya en rico mausoleo, sepultarle en el vasto cementerio que se llama *historia*. Aunque movida por diferente impulso, se cree llamada á ejercer de nuevo el oficio de Josef y Nicodemo; pero, ¿ignora acaso que el sepulcro de Jesús no se cierra con losas inquebrantables?

¿Y sabe adónde va con sus temerarias pretensiones? ¿Ha medido bien sus fuerzas para hacer algo

mas que amontonar el Pelion y el Osa, como si conociera ya que esto solo no basta para dar la victoria á los Titanes? Estamos firmemente convencidos de que estos Sansones del racionalismo bien podrán abrazar las columnas del templo, darles recios empujones, hacerse la ilusion de que oyen crujidos; podrán apagar la llama de alguna fe vacilante, ser ocasion de la ruina y muerte de algunos; pero lo que es el templo no lograrán derrocarlo. Y ¿han reflexionado en lo que sucederia, dado que les fuese posible salir airosos de su empeño? Si al plantear el misterioso problema del Calvario, si al resolverlo en sentido opuesto á la ardiente fe de diez y nueve siglos, lograran estender por todas partes el convencimiento de que Jesucristo no fué mas que hombre, en breve el cristianismo quedaria raído de la faz de la tierra: de esa tierra cruzada en todas direcciones por las huellas de tantos misioneros que la han recorrido predicando la divinidad del Crucificado, de esa tierra abrevada toda con la sangre de tantos mártires que han dado su vida en testimonio de esta misma divinidad. ¿Y qué sería de la tierra sin el cristianismo? Preguntadlo á las sociedades que sin él subsisten, si no os basta para desengaño el preguntarlo á las sociedades que sin él han existido. Oh! magnífica hazaña si á tales paladines estuviese reservada! Rodeados nos vemos de una atmósfera impregnada de moféticos gases, y se nos estraeria el oxígeno, se nos arrancarian todos los elementos que vivifican, para dejarnos respirar únicamente los pútridos miasmas que inficionan.

Y no se diga que se quiere respetar y dejar poco menos que intacta la moral del evangelio, que la guerra se dirige esclusivamente al dogma, á esas oscuridades en que la razon se pierde como en intrincado laberinto, á esos misterios que mortifican el orgullo y se escapan á la penetracion de la humana inteligencia. No es menester acudir á un teólogo para demostrar que esta distincion especulativa de ningun modo puede llevarse al terreno de la práctica, para explicar la trabazon íntima que existe entre la moral y el dogma, para hacer patente el absurdo de que puedan derruirse las creencias y quedar en pié los preceptos. Sin un freno en la inteligencia, ¿cómo ha de sobrellevar su freno el corazon? Autoridad nada sospechosa es la de Julio Simon, y sentimos no poderla citar literalmente. En uno de sus artículos que trae la mencionada Revista, declara con toda franqueza que la separacion de la parte dogmática y de la parte preceptiva es una utópia descabellada, que el cristianismo es un todo

armónico é indivisible, una religion y no un sistema de filosofía.

Y en efecto, él es sol del mundo moral, pues que infunde calor al corazon y derrama luz sobre el entendimiento. En las escuelas podran estudiarse la luz y el calor como dos fenómenos distintos; pero ¿se quiere por ventura un sol que al mismo tiempo caliente y no alumbre, ó alumbre y no caliente? La fe es la raiz de las virtudes cristianas; ¿pensais por ventura que secando aquella estas han de florecer? pensais que la árida campiña ha de cubrirse de hermoso verdor y producir abundante fruto, cegando el manantial que la fertilizaba con su riego? Los incrédulos han reconocido ya la vanidad de tan locas tentativas; y sea por lógica ó por despecho, se empeñan en crear una moral independiente de toda verdad religiosa. De seguro que no pecarán de descontentadizos, y que estarán muy lejos de exigir á su nuevo engendro la elevacion y la pureza de la moral del evangelio. Aguzarán su ingenio, fatigarán sus brazos, juntarán sus esfuerzos para levantar el edificio; pero de seguro que no podrán levantarlo sino sobre la arena.

Vanas son las obras de los hombres, un soplo las derriba. Si deseais que las mas deshechas tempestades respeten la moral cristiana, respetad vosotros el dogma cristiano. No negueis á Jesucristo su naturaleza divina, si estimais en algo la enseñanza que dió al mundo, si deseais que resplandezcan sobre la tierra las bellezas que constituyen lo que vosotros llamais su filosofía.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

El domingo de la octava de Navidad recibió el padre santo las felicitaciones de la nobleza romana, cuyos miembros mas importantes acudieron á manifestarle su inviolable fidelidad. Con este motivo el marques Cavaletti senador de Roma pronunció algunas frases, á las cuales se dignó contestar su santidad en el siguiente discurso:

«Me acuerdo, dijo, de que en mi juventud, hablando con un principe romano de edad muy avanzada, el cual ha mucho tiempo que nos ha abandonado para ir á la eternidad, y que tenia sentimientos y principios verdaderamente católicos, me decia que los tronos tienen un doble apoyo, el clero y la aristocracia, si bien, añadia, estos son las únicas fuerzas que pueden sostener las monarquías. Así veo por vuestra presencia aquí cuáles son los sentimientos que siempre habeis tenido y conservais todavía; porque si vuestros esfuerzos no han podido sostener este trono accidentalmente derribado, no ha sido por culpa vuestra, y el mundo entero puede dar de ello testimonio imparcial; mas espero que la misericordia de Dios no nos habrá abandonado para siempre.

En verdad que Jesus amó á la aristocracia, y ya otra vez, si no estoy equivocado, os he indicado la misma idea. El mismo quiso nacer noble de la raza de David, y el evangelio

nos da su genealogía hasta José y María: *De qua natus est Jesus*. La aristocracia y la nobleza es un don del cielo; conservadlo y usad dignamente de él. Sé que lo haceis por medio de obras cristianas y caritativas, entregandoos á ellas con gran edificacion de vuestros prójimos y no menor provecho de vuestras almas.

Os he dicho antes que la aristocracia y el clero son dos apoyos de los tronos, y llegué hasta afirmar que los tronos sostenidos por la plebe, es decir, por los que viven generalmente en la incredulidad, por esa multitud que se alimenta del odio contra Dios y contra la Iglesia, esos tronos por semejantes apoyos sostenidos, son muy débiles. Y si al asalto de las fuerzas infernales los tronos mas justamente cimentados no han podido resistir, menos aun podrán hacerlo los que están levantados sobre la injusticia, sobre el orgullo, sobre el robo y sobre la calumnia. ¿Cómo será posible que esos tronos subsistan! El porvenir está en la mano de Dios, pero la historia tiene lecciones que es necesario aprovechar.

Estos santos dias me inspiran aun otro pensamiento. El niño Jesús fué presentado al anciano Simeon, y ¿qué dijo el profeta? ¿O qué dijo á su madre, que humildemente se presentaba para cumplir las disposiciones de la ley? Le dijo, «este niño ha venido para la salud de muchos y para la ruina de otros.» Ved en dos palabras toda la historia de la Iglesia de Jesucristo. Estas dos clases de hombres existen desde el primer momento en que Jesús fundó su Iglesia y viven todavia, porque Jesucristo vino para la salvacion de unos y para la ruina de otros.

Ved si no de un lado á Judas que le hace traicion; y de otro á Matías que viene á reconocer la verdad; un ladrón blasfema, y otro ladrón hace penitencia. Para unos la bendicion, para otros la ruina de sus almas. ¡Cuántas diferencias hay hoy de estas, y con cuánta verdad puede decirse á algunos que Jesucristo ha venido para vuestra ruina! No descendiendo á detalles, no nombro á nadie; pero sé y leo que muchos mueren impenitentes, sé que en los hospitales hay muchos que rechazan los socorros de la Iglesia y se arrojan á su perdicion. ¿No es verdad que hasta en el mismo hospital del Espíritu Santo entran personas con hojas malvadas, y sin que nadie se oponga, se acercan al pobre enfermo, que necesita otra cosa que leer estas blasfemias cuando está al borde de la tumba; y á pesar de esto, se les concede toda clase de permisos para que puedan siempre perder las almas y aumentar el número de esas ruinas anunciadas por Dios á su venida: *in ruinam et resurrectionem?*

¿Qué haremos, pues, carísimos hermanos, en medio de estas incertidumbres y de estos temores, sin ver en el porvenir ningun auxilio de parte alguna? Repetiremos lo que decíamos nosotros sacerdotes esta mañana al principio de la misa: *Judica me Deus et discerne causam meam de gente non sancta; ab homine iniquo et doloso erue me*. Dios mío, puesto que nadie quiere defender esta causa de la justicia y la santidad, defendedla Vos, y libradnos del hombre injusto y lleno de emboscadas, libradnos de la iniquidad y la mentira que diariamente nos asaltan.

Vamos pues, queridos hijos míos, al altar de Dios, *introibo ad altare Dei*, y oiremos su respuesta. Esperad: el momento en que regocijará nuestras almas no se vislumbra claramente todavia por nuestros ojos, pero está resuelto ya en los decretos de la Providencia divina, y se verá, si, se verá por último ese decreto de libertad que levantará á ese pueblo, y hará levantarse, como lo merece, al pueblo que pertenece á la capital del mundo católico.

Tales son, queridos hijos míos, las pocas palabras que en este momento vienen á mis labios, y que creo deber dirigiros. Terminó dándoos mi bendicion; estad seguros de que esta bendicion nace de lo mas profundo de mi corazón. Empiezo por bendecir á estos queridos pequeñuelos que están en mi presencia, para que se libren de todos los peligros que les rodean en la tierra. Recuerdo que siendo niño como los presentes, jugaba yo cierto dia con otro hijo de un *jacobino* (entonces se llamaba jacobinos á los que hoy se conoce por *liberales*), y creció con las ideas que profesaba su padre. Todo el mundo le conoció en Roma, y yo mismo le vi muchas veces en 1848. Ya murió, y nosotros estamos aquí aun.

El ejemplo de su padre fué para él funesto, pero á los pequeñuelos presentes vuestro ejemplo por el contrario les será benéfico y saludable; tambien empiezo yo por bendecir á estos niños, para que puedan aprovecharse del ejemplo de sus buenos padres y madres que les educan santamente. Despues bendigo tambien á sus padres, á vuestras familias y especialmente á los afligidos; yo les bendigo á fin de que obtengan del Señor la fuerza necesaria para soportar las pruebas que el Señor les envia, no para castigarles, sino para purificarles de las miserias de este mundo y enriquecerles con las virtudes cristianas. Os bendigo particularmente con la esperanza de que en la hora de la muerte podreis entregar vuestra alma á Dios, y que al salir de todas estas miserias que nos rodean como desterrados hijos de Eva, iremos á nuestra patria á gozar de Dios, á bendecirle y alabarle eternamente.»

A los discursos que dirigieron á su santidad el dia 30 el cardenal Sacconi y el cardenal Mertel, contestó Pio IX del modo siguiente:

«La pintura que acaba de hacer el señor cardenal es un cuadro muy fiel y muy verdadero, que representa bien el estado actual de cosas. Tambien podemos decir por todo esto lo que decia otro pueblo hace tantos siglos: *Super flumina Babylonis redimus flentes, dum recordaremur tui Sion*. Si, sobre los bordes del Tiber estamos sentados, y lloramos cuando nos acordamos de los pasados tiempos, y sobre todo cuando recordamos en presencia de los males actuales los bienes que han desaparecido.

Sí, aquel pueblo estaba en el destierro y en medio de las tribulaciones; pero al mismo tiempo habia allí un Tobías que iba á consolar y á socorrer á todos los desgraciados. Y hoy, pues que habeis dicho que el papa hace lo posible por dar ayuda al que está en necesidad y que le socorre, permitidme compararme á un Tobías que va de casa en casa buscando menesterosos para socorrer sus necesidades.

Puede ser que haya quienes se lamenten de ello diciendo que este socorro es poca cosa; puede ser tambien que algunos digan: nuestras necesidades son muy grandes y superiores á vuestros auxilios. Pero es preciso considerar la estrechez en que estamos; recordemos que vivimos en la miseria y en el destierro; preciso es armarse de paciencia y resignacion, é imitar á Job el pobre paciente de Ur, quien se encontraba en grandes tribulaciones por ser objeto de las venganzas del diablo, deseoso de hacer mayor mal á aquel pobre desgraciado; pero como sabeis la paciencia de Job fué premiada. Del mismo modo pues que al anciano de Ur habiendo perdido sus riquezas se le dieron mayores, y habiendo perdido sus hijos los tuvo en mayor número, tanto que pudo decir: *sicut novellæ olivarum in circuitu mensæ*, del mismo modo esperamos para nosotros que tras la borrasca vendrá la calma y despues de los dolores nuevos consuelos. El mismo Tobías, de pues de tanto sufrir con paciencia tanta y de cumplir siempre la voluntad de Dios, Tobías tuvo el consuelo de encontrar un amigo que le colmó de los mayores beneficios y que le ayudó hasta rescatar los caudales de Gabelo.

Ahora bien, ¿quién sabe si no es este mismo celestial auxiliador el que ha intercedido cerca de Dios y me ha enviado en estos dias mas dinero que de costumbre? Demos gracias pues al buen Dios, y roguemos á san Rafael (él ha sido el intercesor despues de María, que es siempre nuestra principal abogada) roguémosle nos dé aquella virtud que poseia para que nosotros tambien podamos iluminar á los ciegos. El tenia un excelente remedio para abrir los ojos á los ciegos, y nosotros quisiéramos tenerlo para iluminar á los que lo son de espíritu; pero no tenemos la hiel del pescado. Hagamos pues cuanto está en nuestra mano, y ya por medio del ejemplo, ya por nuestras palabras, ya por nuestra predicacion, sepamos iluminar á los que gimen en las tinieblas del error.

En verdad no es posible esparcir mas falsedades que se esparcen hoy, y son falsedades desenfrenadas é indignas. Que el papa se calla, que el papa habla; se procura dar al viento falsas noticias en todas las ocasiones para sostener

la causa del demonio que encuentra en altos lugares mucho apoyo, lo que es el mayor mal de nuestro tiempo.

Os doy gracias por los buenos sentimientos que me habeis manifestado. Conservadlos y aumentadlos todo lo posible en vosotros mismos, é inspiradlos igualmente á los demás por vuestro ejemplo y por vuestras palabras, á fin de que podais iluminar á los ciegos y hacer lo hacedero para conquistar un alma y llevarla por el sendero de la virtud.

Os bendigo en vuestros trabajos y en vuestras familias. Que esta bendicion sea siempre con vosotros.»

Damos con mas estension los discursos pronunciados por su santidad en 1.º del actual. El que dirigió á gran número de familias extranjeras, dice así:

«Venís á ofrecerme vuestras felicitaciones y votos de entrada de año: os doy las gracias por ello. El año que acaba de espirar está muy lejos de haber sido bueno, porque la sociedad marcha por mal camino. Es preciso pues armarse de valor y esperar á que la paz vuelva á la tierra, del mismo modo que en medio de la tempestad se espera la bonanza. Hay gentes que creen que la calma reina en Roma y que las cosas no van tan mal como se dice. Aun hay extranjeros que á su llegada á esta ciudad piden billetes para asistir á las ceremonias religiosas. Así es que estoy persuadido, si Dios me conserva la vida, que en la semana santa se pedirán billetes para la cena y para el lavatorio. Sea: ¡hace falta hoy lavar las cabezas!

Pero estas ceremonias religiosas no pueden tener lugar mientras dure el presente estado de cosas. Aquellos de vosotros que han asistido á las solemnidades de la semana santa recordarán que todos los altares están velados en señal de luto. Pues bien, tal es nuestro estado actual, y en efecto se cometen aquí tantas iniquidades, se ven tantos horrores, se oyen y leen tantas blasfemias, que Roma ha perdido su carácter de capital del mundo católico.

Suplicamos al Señor que ponga término á esta transformación tan dolorosa. La aurora del nuevo año está para mí llena de amargura y de tribulaciones á causa de los males de que he hablado. Yo deseo, sin embargo, que sea bueno para todos vosotros, y como prenda del cumplimiento de este deseo os doy mi bendicion. Sí, bendigo los objetos de piedad que traéis, bendigo vuestras personas. Que esta bendicion os acompañe en el viaje de la vida, y sobre todo en la eternidad. Es cierto, en efecto, que cada uno de nosotros dará cuenta á Dios de sus acciones; podamos oír entonces al Señor repetirnos estas palabras: *venite benedicti Patris mei*. Bendigo vuestras familias y vuestro país.

A los generales de las órdenes religiosas contestó de la manera siguiente:

«Habiendo recorrido una larga peregrinacion por este valle de miserias donde todos estamos como *exules filii Ebrae*, es la tercera vez que presencio la supresion de las órdenes religiosas: una siendo niño, otra cuando estaba en la adolescencia, y ahora cuando ya soy viejo. En todo esto veo una disposicion de la Providencia. Dios conoce el apoyo y la poderosa ayuda que la Iglesia encuentra en estas corporaciones, en donde va á buscar á los misioneros que envia á los puntos mas remotos del mundo y á los predicadores que anuncian la palabra de Dios y administran los sacramentos: todo esto lo sabe Dios y lo ve, pero quizá crea necesario probar de tiempo en tiempo á esta falange elegida de sus ministros, y por eso quizá permite las anexiones, las supresiones, los trabajos que pesan sobre esa milicia sagrada, trabajos siempre injustos de parte de quien los causa, pero que tienen la ventaja de ejercitar en grado supremo la virtud de la paciencia de aquellos que los sufren.

Me acuerdo, y aun creo que debo conservarla todavía, de una carta escrita en 1814 por un obispo y dirigida á Pío VII, carta en la cual se proponia á este santo pontífice y se le pedia el restablecimiento de las órdenes regulares. Esponíanse en ellas las medidas necesarias para hacerlas renacer puras, hermosas, fecundas en todos los bienes y esplandecientes de todas las virtudes, que deben adornar

las almas de estos atletas llamados á un combate continuo contra el demonio y contra las seducciones del mundo. Puede ser que en estos tiempos, ¿pero por qué digo puede ser? si ya sucede, que haya desgraciados que olvidando su carácter sacerdotal y religioso escandalicen á la sociedad en vez de darla ejemplo; pero su número es tan reducido, que me parece poder tener la esperanza de que no son estas deserciones las que ocasionan los trabajos que caen sobre vosotros.

En la persecucion de que os hablo se oculta probablemente otro misterio de la Providencia de Dios, que yo no conozco, pero que se revelará un día, y los hombres encontrarán una vez mas ocasion de admirar esa Providencia siempre adorable. Entretanto os digo que por mi parte, en todo lo que he escrito y todo el mundo ha podido leer sobre el asunto de las órdenes religiosas, no he cesado un momento de ocuparme en salvar esta milicia y librarla de sus enemigos. Mis ojos, llenos de solicitud, de amor y de ansiedad, se vuelven á todos lados buscando una ocasion propicia; pido socorro, invoco á un ángel... no diré que el ángel cuya ayuda deseo sea el de Sennacherib, que espulse de la ciudad de Dios á los recién venidos, no; no es ese mi pensamiento. Yo deseo solamente que un ángel venga en mi ayuda para convertir y cambiar el corazón de todos los perversos.

En esta conversion me ocupo hace mucho tiempo: ¿lograré mi objeto? no lo sé; pero solo puedo decir que empiezo á temer que no. Parece que todos los que en estos tiempos son dueños del poder tienen con poca variacion las mismas tendencias; los unos quieren la supresion por la fuerza, los otros esperan á llevarla á cabo mas dulcemente: pareceme que no se puede dudar que uno y otro sistema favorece igualmente la causa del demonio, de Satanás, que gracias á la iniquidad de los hombres, multiplica de día en día sus triunfos, y pretende sujetar, como si esto fuese posible, toda la humanidad á la dominacion del infierno.

¿Qué nos queda que hacer en la hora presente? Os he dicho que somos *exules filii Ebrae*; estamos pues en dias de destierro. Es preciso que nos presentemos á Dios con el arma poderosa de la oracion para suplicarle, que si lo tiene á bien, ya que no satisfaga todos nuestros deseos, al menos alivie nuestros males, y no permita la dispersion de esta milicia escogida que estiende sobre toda la tierra las glorias de su santo nombre, instruye la juventud, y es necesaria para mantener en la sociedad la paz, el orden, la moral, á la cual hoy se combate con tan ciega obstinacion.

Roguemos á Dios para que nos consuele, pidámosle que nos escuche, y entretanto para que podamos dar mas fuerza á nuestras súplicas y ejercitar la virtud de la paciencia, que el Señor nos dé á todos el valor necesario por la bendicion que yo su vicario invoco sobre mí, sobre vosotros y sobre todos los miembros de las ordenes religiosas esparcidos por la superficie de la tierra. ¡Quiera el Señor escuchar los votos que hago para que las órdenes religiosas adquieran en medio mismo de esta persecucion un nuevo vigor, vigor de que necesitan para combatir en las batallas del Señor.»

El emperador Napoleon recibió todos los sacramentos antes de sufrir la operacion tras la que ha bajado al sepulcro. El papa dirigió un telegrama de pésame á la viuda y á su hijo.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

En la de esta noche pronunciará el discurso el presbítero D. Miguel Coll, siguiendo un diálogo y varias piezas de música.